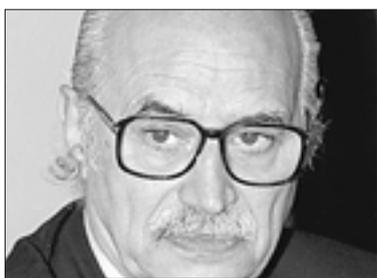


OTRAS RAZONES

EL BINOMIO TERRORISTA

El fenómeno del terrorismo ha sido mal estudiado. El horror instintivo que producen los atentados sangrientos perpetrados en serie, vuelve las miradas atónitas del corazón hacia uno solo de los dos



la inutilidad del terror ante la palabra resistencia del NO NOS MOVERÁN y dejan que la imagen gubernamental se asocie lastimeramente con la teatralidad de una piedad funeraria; hacen héroes de la libertad a

los polos de la relación social llamada terrorismo. La acción aterradora se frustraría, y no se repetiría, si no contara de antemano con el concurso indefectible de la reacción aterrada en la sociedad que la sufre. La acción-reacción constitutiva del terrorismo está basada en las conocidas leyes de propagación del miedo colectivo. Concretamente, en la calculada desproporción que el terror necesita establecer, para devenir efectivo, entre los pocos damnificados por la acción terrífica y los muchos afectados por la reacción terrificada. El factor activo del terror aumenta su potencia en la exacta dimensión que alcance su eco de miedo y de impotencia en el factor pasivo del binomio terrorista. Un binomio perversamente enlazado por la ignorante simpleza de la política antiterrorista. Un círculo vicioso, del terror al horror y del horror a la repetición del terror, que necesita ser atajado actuando con prontitud y pulcritud legal para desconectar ambos factores por sistema.

Y si es difícil de anular el factor activo de un grupo de fanáticos clandestinos, organizado como si fuera la guerrilla nacionalista de un mito liberador, en cambio sería fácil a todo gobierno honestado con la verdad y medianamente culto, pero inteligente, desmoralizar a los terroristas haciéndoles ver la escasa repercusión política y el poco efecto aterrador de sus acciones. O sea, reduciendo el factor pasivo del binomio funesto a lo mínimo inevitable, con libertad de información, en la parte inmensa de la población que no vive afectada, en sus intereses personales, por los sentimientos políticos encontrados ante el mito generador de la violencia terrorista. Pero la indecencia con la verdad, que caracteriza a todos los gobiernos no democráticos, su afán de diluir sus responsabilidades sobre seguridad ciudadana y su incontenible deseo de verse acompañado en el sentimiento de su impotencia, les hace agravar la magnitud del problema echando en los hombros de la sociedad la carga del terrorismo.

Los gobiernos que no logran cegar a corto o medio plazo las fuentes del terror terminan por convertirse, para encubrir su fracaso, en los primeros agentes de propagación del miedo. Lanzan a la población civil mensajes de impotencia; pierden los estribos cabalgando sobre jamelgos de éxito casuales; convocan imponentes manifestaciones de victimismo ante el verdugo; airean foros de paz sin estado de guerra; montan equívocos sentimientos de BASTA YA, como si estuviera justificado el sufrimiento anterior y ya no fuera útil proseguirlo, para que el mito liberador se realice por vía pacífica; hacen de las masas inmensos cóncaves ecoicos del mensaje terrorista; proclaman

las víctimas de asesinato por la espalda, es decir, concede a los asesinos hasta el poder de otorgar honores de muerto en combate digno a quienes mueren sin dignidad, matados sin enterarse de nada como animales.

Ninguna voz se deja oír contra tan mortal imbecilidad. Los intelectuales engrasan la grosera barbarie de los gobiernos. El actual no siguió al menos la senda del anterior, que elevaba la reacción a terrorismo de Estado. Pero, como los anteriores, sigue sin percibir el distinto sentido que tiene el binomio terrorista dentro y fuera del País Vasco. Aún no sabe, por ejemplo, que allí puede ser prudente la movilización de la sociedad, a causa de sus efectos electorales, mientras que aquí es imprudencia temeraria. Alienta el ánimo aterrador de Eta y deprime a las masas ilusas en la impotencia.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

EL ERROR DE LOS BARONES

Hay un cierto run run en el PSOE a cuento del afán pactista desplegado por Zapatero quien transita estos días viento en popa a toda vela hacia el tercero de los pactos con el PP, el de financiación autonómica. Se puede hablar, sin exagerar, de éxito en los dos primeros, el antiterrorista y el de la Justicia, pero está visto que no hay dos sin tres. No todos en el PSOE lo ven bien, aunque parece ser que a los de la oposición tranquila les gustan estas aguas. Pero de pronto a Zapatero le ha dado un flús y ha propuesto que se compense monetariamente a las Comunidades autónomas socialistas que no quisieron adherirse en el 96 al modelo de financiación. O sea

que te saboteo el tren pero me pagas el viaje. Lo gracioso, sin embargo, es que Zapatero, metido a poner condiciones, ha dejado con el culo al aire a sus barones subrayando su error al no adherirse por motivos políticos equivocados. Por eso hablar de compensaciones ahora no sólo es «infantil» como calificó el presidente del Gobierno, sino que parece una broma. Claro que siempre hay quien se las toma en serio, caso del ministro Posada, por ejemplo.

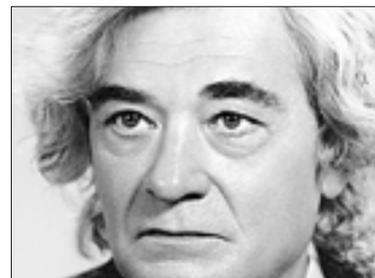


Luisa PALMA



MI RECUERDO DE PEDRO LAÍN

Multitud de recuerdos me asaltan al conocer la triste noticia de la muerte de Pedro Laín. La última vez que tuve un encuentro prolongado con él fue cuando presenté, en compañía de Javier Sádaba y Gabriel Albiac, mi libro «El animal cultural». Un escrito situado muy en la línea de las preocupaciones antropológicas y filosófico-biológicas que llenan una parte importante de la obra de Laín. Y sobre las cuales habíamos colgado ampliamente. Y, en aquella ocasión, el ahora fallecido maestro volvió la vista atrás y evocó algo especialmente emotivo para mí:



siempre presente, estimulando el trabajo intelectual riguroso en los más diversos campos. Como también fueron muy amplios y diversos los que cultivó en su obra personal. Pero ahora me gustaría destacar este rasgo peculiar de su figura y de

su vida. Su preocupación por todo lo que ocurría en la ciencia, el pensamiento, la Universidad española. Su alerta a lo que encontraba valioso y digno de ser estimulado. La apertura de su tiempo y de su casa para aquello que juzgaba enriquecedor del paisaje intelectual. Y no precisamente por voluntad de poder, cual otros que vigilan el tablero académico y científico, para situar sobre él sus piezas, sino porque Laín, heredero del «dolor de España», le dolía especialmente como a Ramón y Cajal, o como a tantos miembros de la Institución Libre, la penuria científica de nuestra patria.

Desde el presente Pedro Laín evocaba toda una larga historia de casi medio siglo. Y en ella Laín para muchos de nosotros ha estado

Y tampoco le guiaba la vanagloria. Recuerdo que en aquellos primeros contactos en mi juventud, una vez que le dediqué el título de «maestro» rechazó tan honroso apelativo como algo excesivo. Aunque realmente era un maestro, especialmente en su terreno más específico y donde rayó a mayor altura, en la historia de la medicina. Creó escuela no sólo en España con Diego Gracia, López Piñero y otros, sino también en Alemania. Una escuela, no de repetidores y halagadores, sino abierta a las personalidades, tendencias y nuevos métodos de sus discípulos. Y aquí vienen a cuento otros recuerdos de mis tiempos en la Universidad de Valencia, cuando López Piñero había creado un seminario muy activo en que la historia de la medicina se abría a la historia y la filosofía de la ciencia en sus más amplios términos, y el modo en que Laín acudía desde Madrid para iluminar el trabajo.

Laín era miembro de la generación que tras la guerra civil se encontró ante una España deshecha y para los vencedores plena de posibilidades de poder, tras haber arrasado el anterior florecimiento. Y Laín militaba, ciertamente, en el bando de los vencedores, incluso como uno de los ideólogos del régimen en sus primeros tiempos, en los años cuarenta. Pero él, como también Tovar, como unos pocos, se dedicó al trabajo científico con todo rigor. Y desde dicha dedicación fue percibiendo la penuria en que la cultura oficial estaba sumida y trató de dilatar el panorama, en choque con los sectores más cerrados del régimen en el terreno cultural, representados por los católicos de viejo estilo, primero, por el Opus Dei después. Eran los tiempos en que el libro de Laín «España como problema» encontró una encendida réplica en «España sin problema» de Calvo Serer. Sin duda no es fácil comprender aquellos años para quienes no los vivieron internamente. Pero no trato de reflexionar en estos momentos sobre la trayectoria política de Pedro Laín. Ni tampoco pretendo comentar su amplia obra. Sólo subrayar algo, que quizá entre las múltiples glosas no haya sido especialmente destacado: su noble preocupación por elevar la cultura y la ayuda generosa prestada a quienes pensaba que podían contribuir a tal empresa. Y con este recuerdo mi gratitud personal y colectiva.

Carlos PARÍS